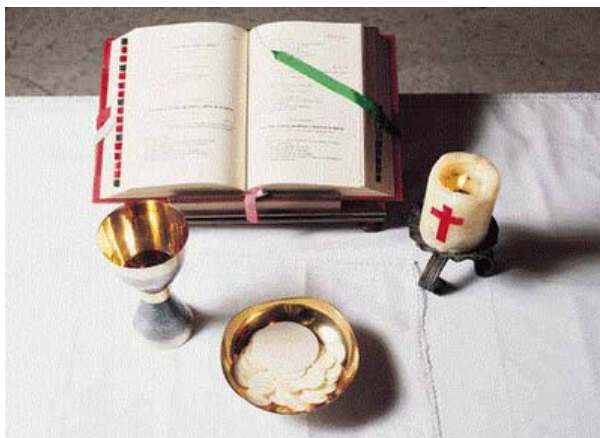


¡SI VIVIÉRAMOS ASÍ NUESTRAS MISAS!

Beato Manuel González



Una Misa es Jesús recogiendo en su corazón todo el aroma de sus buenas obras y buenas palabras, todos los ecos de su corazón, y de sus ayes, todo el jugo de sus sudores y lágrimas buscando pecadores, todas las hieles de cariños pagados con ingratitudes, de generosidades con incomprensiones, envidias y malquerencias, que lo acompañaron desde Belén hasta el Calvario, y, cuando el corazón estaba lleno de todo esto, tomar sobre sus hombros una cruz pesada y dejarse enclavar en ella, permitiendo que, ya muerto, una lanza se lo abriera, como rosa que se abre en primavera...

Para la moral y la ascética, el Sacrificio de Jesús en todos los días y en todas las horas y en todos los pueblos es, además de símbolo condensado de la fe y acción esencial y vivificadora, ejemplo de vida perfecta y secreto supremo de la santidad.

¡Lo que enseña, lo que hace y lo que da una Misa bien conocida, entendida, preparada y aplicada, es decir, bien acompañada!

Y, por el contrario, ¡de lo que priva a la gloria de Dios, a la vida de la Iglesia y de las almas, y al orden del mundo el abandono de la Misa!

¡Qué gozo siente mi alma! Por muy ofendido, despreciado, blasfemado e injustamente tratado que sea Dios por parte de muchos hombres, mi

Madre la Iglesia y cada uno de los que tenemos la dicha de pertenecer a su cuerpo y a su alma, podemos dar a Dios infinitamente más gloria que la que le pueden quitar los pecados de los hombres. ¿Nos explicamos ahora por qué hay sol en los días, y luna en las noches, y lluvias en tiempo oportuno, y alegría, y poder, y virtud en la tierra, y comunicación de Dios con los hijos de los hombres? ¡Hay Misas en la tierra!, y en todos los minutos del día y de la noche se está repitiendo el Por El, con Él y en Él... todo honor y gloria!

La Misa propiamente dicha es la realización del gran deseo de Jesús y de la gran petición a su Padre celestial: «Que sean uno»... Que seamos una sola cosa con Él, como Él lo es con el Padre.

¡Él y nosotros, una sola víctima de un solo sacrificio!

Purificados por la contrición y la humildad, iluminados por la Fe y la oración, y unidos a Jesús y a nuestros hermanos por el amor más grande, o sea, el amor llevado hasta el sacrificio. Así nos ponen nuestras Misas si nos empeñamos en vivirlas.